

Hernán Loyola. *EL JOVEN NERUDA. 1904-1935*. Santiago: Lumen, 2014. 592 p.

Lo diría cualquier estudioso de la obra de Neruda en el mundo: nadie conoce la vida y la obra del premio Nobel como Hernán Loyola, y este libro despliega una buena prueba de ello. Gracias a sus más de sesenta años dedicados a documentar fechas, lugares y motivos de poemarios y poemas tenemos una base indispensable para el estudio actual y futuro de la obra de Neruda. Baste recordar el acopio de datos sobre cada poema en su edición crítica de *Residencia en la tierra* (Cátedra, 1987, décima reimpresión en 2012), que cuenta además con una exhaustiva introducción, sin olvidar por cierto el trabajo sobrehumano de organizar las *obras completas* para Galaxia Gutenberg en 5 volúmenes (1999-2002), con sus perspicaces y completísimas notas sobre todos los libros de Neruda.

Ahora bien, todo esto no garantiza que *El joven Neruda* sea una obra de lectura obligada. Lo que sí torna imprescindible esta biografía literaria es el equilibrio entre la forma y el contenido: presenta lo justo en cuanto a detalles sobre la vida del poeta, sus poemas, el momento literario, el contexto sociohistórico y su propia visión de su obra y la época que le tocó vivir (evitando el riesgo de caer en el amontonamiento de pormenores que, por muy valiosos que sean, no logren contar una historia contundente) y además —esto es clave— narra la historia de una forma fluida que capta la atención del lector y lo estimula a seguir leyendo, lo absorbe en su mundo. Por tales razones, *El joven Neruda. 1904-1935* me parece un excelente modelo para este tipo de crítica.

A lo largo de casi 600 páginas, el libro sigue una cronología biográfica e histórica que permite al lector ver cómo van evolucionando la chispa y la labor creativas en Neruda, así como su cosmovisión. Lo enuncia Loyola al presentar su trabajo:

Este libro propone leer la poesía del joven Neruda, hasta 1935, como el relato dialéctico, y en buena medida cifrado, de cómo el *Ser Naturaleza* y el *Ser Historia* de un individuo persiguieron tenazmente encontrarse y superar eventuales conflictos en sí, para conferir sentido válido a una tarea conjunta (la misión *profética* residenciaria) en el espacio-tiempo que les tocó (18).

Palabras que introducen una narrativa fundada en lecturas detenidas de la obra poética desde su inicio hasta 1935, en interpretaciones del peso de las amistades, amores e ímpetus personales, en conversaciones con actores de esta historia (entrevistas con amigos y con el mismo Neruda), en observaciones sobre las épocas históricas y los lugares geográficos (naturaleza e historia): resumiendo, en las investigaciones de nuestro autor-detective —si lo puedo poner así— acerca de los eventos, motivos y circunstancias que llevaron al vate a escribir determinados poemas.

Desde su imagen de la infancia de Neruda en el sur de Chile, este libro va demostrando cómo la política progresista y hasta radical del poeta adulto formó parte

íntegra y orgánica de sus vivencias desde siempre y no es, como lo suponen Amado Alonso y otros críticos, un acto de «conversión». Lo verificamos desde temprano en la amistad de Neftalí con Rudecindo Ortega Mason y particularmente en la figura de la madre (o *mamadre* como la llama Neruda en *Memorial de Isla Negra*), doña Trinidad, que encarna «la rebelión, la justicia, la reivindicación de los humildes como constructores básicos de la historia...» (36). Paralelamente, sostiene Loyola, el joven Neftalí encuentra en los bosques de la Frontera el aprendizaje sensorial y el fundamento para su mirada estética. Si la selva es el «laboratorio de la vida», el mar sella su destino como poeta, contrariando las expectativas de su padre (44, 53).

Ese hilo estético y político se extiende al siguiente capítulo, donde el autor detalla la influencia del anarquismo en el joven poeta y la relación fulgurante y atormentadora que tuvo por años con Albertina Azócar. Junto con Teresa Vásquez, servirá de musa central para el desarrollo de su obra poética, y le permitirá en *El hondero entusiasta* elaborar la falsa «autorrepresentación épica y mítica de un héroe pequeño» (que en cambio conquistará dimensiones auténticamente ambiciosas en obras sucesivas hasta 1956). En el caso de Albertina, en particular, se dio la alquimia que trastornó al joven bardo y lo inspiró a escribir muchos de sus más deslumbrantes poemas tempranos, sobre todo los que figuran en *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

En varios poemas de *Tentativa del hombre infinito* (1925) emplea un lenguaje que lo va acercando al de la clásica obra *Residencia en la tierra*, y por ende, a la estética vanguardista, a medida que circulan el léxico y las ideas anarquistas en sus versos y en su periodismo. *El habitante y su esperanza* (1926) sirve de puente tanto literario como político. Si bien es cierto que toda su «obra anterior a *Residencia en la tierra* registra en varios modos el desajuste Naturaleza/Sociedad», posteriormente hallará «una necesaria solidaridad subyacente y una armonía natural» que las *Residencias* explorarán a fondo (135). Es así como el poeta va dando «testimonio de tantos signos de vida degradada» (137). Este descubrimiento junto con otros muchos —como la asociación entre la noche y la poesía— son los que le permiten a Neruda ir jalonando su poesía y encontrando su propia voz.

El autoexilio en Oriente le posibilita, a su vez, distanciarse de su poesía para «superar la crisis [del exilio y de su obra] y renacer» (154). «Su residencia en Oriente —comenta el crítico— fue una formidable escuela de formación estética, complementaria a aquella primaria y decisiva del bosque chileno. Y también de formación política...» (157). Para que su poesía arranque de nuevo le hace falta, sin embargo, un «válido fundamento sustitutivo» al anarquismo en el ámbito político y que proyecte su escritura al gran espacio de la poesía.

Es gracias a Ma Nyo Teh (Josie Bliss) que encuentra la «resolución para el extravío y la soledad, pero sobre todo para la íntima parálisis creativa del poeta» (175). La sensualidad erótica y concreta de *Veinte poemas* deviene explícita en *Residencia* porque el héroe, como caballero andante, ha encontrado la princesa azul que otorga

el espaldarazo a su misión poética, pero también a la esposa, reina del hogar. Con su «pasión trastornante» Josie Bliss inspira a Neruda incluso el título de su libro, *Residencia en la tierra* (180-185). Al abandonar a Josie en Birmania —conflicto magistralmente configurado en “Tango del viudo”— el poeta vuelve en Colombo y Batavia a la soledad (que él percibe como “la cuestión sexual”), mitigada en parte por la presencia de amigos como Lionel Wendt —marxista, amigo de Shaw, Joyce y Auden— y Andrew Boyd, arquitecto y comunista (205). Pese a la ausencia de la musa birmana, estos amigos lo apoyan con lecturas de Joyce, Eliot y otros autores de lengua inglesa hacia nuevas modulaciones de su poesía y nuevas representaciones de la soledad: “Caballero solo”, “Ritual de mis piernas”, y “Establecimientos nocturnos” (221). Estos poemas muestran un cierto desarrollo dentro del fundamento anarquista de su cosmovisión de entonces.

El matrimonio con Antonia Hagenaar Vogelzang (Maruca) se revelará un paso en falso al no provocar, como antes lo hizo Josie Bliss, la ebullición erótica y espiritual capaz de propiciar una evolución en el plano poético, en correspondencia con el desplazamiento geográfico. “Para qué me casé en Batavia?” escribirá en *Estravagario* decenios más tarde, mientras “Lamento lento”, añoranza de Albertina, registraba en 1931 signos imprevistos de vacío y desesperanza.

Al retornar a Chile, la escritura renace con ímpetu en poemas como “Solo la muerte” y “El sur del Océano”. Si el lector quiere apreciar el tipo de lectura profunda que hace Loyola de los poemas residenciarios, le sugiero ver la que hace de “Solo la muerte” (292-301), texto que rechaza la muerte-abismo y «podría significar en cambio que los seres humanos tendemos a ver la Muerte sólo en cuanto *bruja maldita* y no la vemos en su dialéctica relación con la Vida» (300).

El fracaso matrimonial y la desesperación existencial determinan en Buenos Aires *l'ennui* en su máxima expresión, la de “Walking around”, que «busca situarse en el ánimo del ‘realismo’ joyciano como vía al desahogo de su rabia contra el mundo» (316). Loyola evidencia cómo el encuentro con García Lorca modifica esta situación y abre una fase nerudiana que culminará en los “Tres cantos materiales”. Apreciamos una transformación en el Sujeto: el *poeta profético* deviene *poeta agonista*, vale decir «combatiente, beligerante, activo defensor de sus derechos de hombre y escritor» (358).

Neruda vuelve a anudar el lazo con el compromiso social cuando en Madrid 1934 se enamora de Delia del Carril. Si bien no hay ardor carnal entre ellos —cosa problemática para Neruda—, sí hay una inspiración intelectual y política que lo alinea más firmemente con la izquierda y con la República en España. En efecto, Loyola arguye que el «singular y tenaz comunismo ortodoxo de Neruda [antes de 1956] no se explica sin Delia» (378). Pero se debe también, como esclarece el autor más adelante, a la experiencia política española y europea de esos años (1934-1937).

En efecto, la revolución asturiana y la resistencia madrileña a la sucesiva represión «lo conectan finalmente con la visión histórica, con la metodología política y con

la axiología antropológica del marxismo» (425). Neruda va tomando conciencia del entorno radicalizado y siente la «íntima necesidad de dar forma poética a su nueva imagen de la realidad» (425). A juicio del crítico, esto se empieza a gestar en “Estatuto del vino”, uno de los tres *cantos materiales*, cuyo Sujeto se declara testigo y partícipe del acontecer político.

Aunque esta evolución ideológica y estética de Neruda se da en ausencia de una musa, he aquí un sorprendente descubrimiento de Loyola: la inspiración para el gran poema “Las furias y las penas”, transicional al compromiso, fue Eva Frejávile, entonces compañera y luego esposa de Alejo Carpentier. El dato en sí no tiene mayor relevancia, pero ella habría podido ser «la reaparición de Josie Bliss, una segunda oportunidad para el amor total, *l'amour fou* de Neruda...» (465). «Una vez más al parecer —agrega Loyola—, Neruda había soñado refundar su poesía sobre la convivencia de una pasión total...» (466). El que no haya resultado explica por qué se manifiesta en el poema la cólera y el rencor.

El amor de Delia logra llenar parte del vacío. En la generación del '27 halla Neruda el estímulo intelectual, político y literario que añora. En particular en González Tuñón, cuya poética comunista le abre caminos anhelados por su nueva escritura (509). Aparte de García Lorca y Alberti, grandes amigos sin duda, encuentra en Aleixandre un interlocutor privilegiado y un maestro de poesía española clásica, de donde procede el poema “El desenterrado” que en sus versos conecta a Villamediana con la represión de los mineros en Asturias, es decir, la tradición y la actualidad. Por otro lado, Loyola explica —culminando así su recorrido por la intimidad subterránea de los poemas de la segunda *Residencia*— por qué Neruda hizo concluir su libro con un poema cuyo título nombró por primera vez a Josie Bliss, la inolvidable amante birmana (534-538).

*El joven Neruda* cierra con unas consideraciones sobre el inicio de la definitiva adhesión del poeta al comunismo, con las que termina de trazar el arco de su crecimiento político y poético, desde su infancia hasta 1935. Fue en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (París, 1935) que Neruda «decidió instalar su vida y su obra en el área de acción de los comunistas» (561), en correspondencia con el abandono, por parte de la Comintern, de la política de «clase contra clase», y la afirmación de la línea del «frente popular». Al rechazar la tesis de una *conversión poética* (Alonso), Loyola afirma y verifica que la conciencia política y la visión estética de Neruda plasmadas en *España en el corazón* se habían venido elaborando dialécticamente —para volver al Prólogo de este gran libro—, estrechamente ligadas a su Circunstancia y al Mundo.

Greg Dawes  
North Carolina State University at Raleigh